

Contribución al Estudio de la Historia de Roma

Noticias históricas y estadísticas sobre la población de la ciudad de Roma desde su fundación hasta nuestros días

POR

Rafael J. Bruno

Antes de entrar de lleno a estudiar el tema que me propongo tratar creo necesario dar una somera idea acerca de las constituciones de Roma antigua. La constitución romana, escribe F. H. Marshall, en todo su desarrollo y desde su nacimiento está basada sobre un concepto de autoridad que da a los magistrados el derecho de mandar (*imperium*) y a los ciudadanos el deber de obedecer absolutamente, y el absolutismo del *imperium* no fué destruído jamás de la autoridad del *paterfamilias* a la del Rey, de los magistrados de la República al emperador, el absolutismo quedó siempre— *Rex* es título itálico. Los primeros cuatro ejercían su autoridad en forma racional y patriótica, los tres restantes representan el tipo del déspota etrusco, aquéllos eminentemente burgueses; los últimos, personalísimos, siembran los gérmenes de la futura democracia romana, pero no fué de seguro revuelta democrática la que derrocó al último de los Tarquinos del trono, sino una verdadera revuelta aristocrática.

Desde entonces los romanos odiaron el título de rex; quedó es cierto, el *rex sacrorum* pero despojado de todo atributo político y como cargo exclusivamente aristocrático, y todos los caudillos po-

pulares que de un modo u otro intentaron llegar a ser *rex*, desde los Gracos a César, pagaron con la muerte su pretensión.

A la Monarquía sucedió la República, una república característicamente aristocrática y el *imperium* de los reyes pasó a los cónsules y al Senado. La idea democrática, durante el período republicano, fué poco a poco imponiéndose y la institución del tribunado de la plebe no dejó de favorecer a las clases inferiores que llegaron hasta los cargos sacerdotales.

Los tribunos gozaban, desde su origen, de un gran poder y el derecho del *veto*, que les pertenecía, era un arma bastante fuerte.

El Senado era la gran fuerza unificadora del estado Romano: teóricamente su poder era consultivo, de hecho era activo.

Con la muerte de César (44 a. J. C.) se inicia una profunda revolución en el Senado romano y no puede negarse que la victoria de Octavio fué verdaderamente la salvación de un Estado que, inmenso en territorios, sentía la absoluta necesidad de un gobierno militarmente fuerte y administrado por hombres que concentrasen en sus propias manos el poder. Octavio gobernó como históricamente era necesario gobernar un Imperio vastísimo, en donde la división de los poderes amenazaba constituir camorras locales y complicaciones gravísimas. El Senado sufrió modificaciones radicales, el consulado se convirtió en un cargo honorífico y los tribunos dependían de él que era tribuno supremo, concentrando en sus manos la *potestas tribunicia*. César Octavio Augusto emperador, supremo ciudadano del Estado (*princeps*) y supremo jefe del ejército, constituyó las cohortes pretorianas que tanta parte tuvieron más tarde en la constitución y en la fortuna del imperio. Los *comitia* desaparecen casi completamente por la misma descomposición absoluta que en ellos había penetrado en los últimos años de la República. Finalmente el emperador, en su calidad de *pontifex maximus*, ejercía la suprema vigilancia sobre las religiones del Estado; y él mismo, al morir, se convertía en *divus* y se le prestaba culto como a un monarca oriental.

Diocleciano intentó salvar el imperio dividiéndolo, para mejor gobernarlo, entre dos *imperatores*, uno de Oriente y el otro en Roma, y dos *Caesares* listos para substituirlos. Constantino vol-

vió a reunislos hasta que nuevas divisiones lo separaron netamente en dos reinos distintos, el de Oriente y el de Occidente.

Con Diocleciano las provincias de 45 aumentan a 120, señal de la futura disgregación y del próximo fin. Los pueblos sujetos, adquieren siempre mayor conciencia de su propia libertad nacional; el catolicismo que substituye, en forma de nuevo imperio, al antiguo como expresión de la latinidad y de la civilización romana; la fascinación maravillosa y potente de Roma, que llama a sí, como peregrinos invasores que quieren poseerla y amarla, a los pueblos más lejanos, sirven para disgregar el imperio romano al mismo tiempo que eternizan su derecho y su civilización que volverán a ser absolutamente de sus descendientes y por ellos continuados.

Esta es, en síntesis, la maravillosa historia de Roma y la ciudad eterna durante su casi trimilenaria existencia (2693 años) tuvo períodos muy desiguales en el crecimiento y merma de su población; se promulgaron leyes especiales como las *leges julia de maritandis ordinibus et Pappia Poppea* para promover los matrimonios y el incremento de la población concediendo especiales privilegios y las *leges Aelia Sentia y Furia Caninia*, que se pueden coligar con las precedentes, pues fueron promulgadas para la conservación de la pura sangre ciudadana. Durante ese largo espacio de tiempo es indudable que Roma alcanzó su mayor grandeza durante el gobierno de Augusto y este mismo emperador se jactaba de que al morir dejaría espléndida de mármoles la ciudad que había hallado de ladrillos; y efectivamente Roma en aquellos tiempos, era ya vastísima y su vida tumultuosa y activa se animaba en el torbellino de la política, de los negocios y de la disipación, más aún que muchas pobladísimas capitales modernas.

La potencia romana cayó por aquella fatal ley natural que acaba con todas las cosas, pero Roma es eterna en el mundo como maestra indestructible del derecho, y de la civilización y por la belleza y eficacia de su idioma que supo imponer, sin violencia, a todos los habitantes de su vastísimo imperio.

Derecho, civilización e idioma que vivirán hasta que el mundo viva y que mañana, como ayer y como hoy, a través de los si-

glos, seguirán imperando, porque ése es su destino, como lo dijo Virgilio: "*Tú regere imperio populos, Romane, memento*".

Estos reducidos preliminares sobre el desarrollo de la grandeza y decaimiento de Roma servirán para explicarnos también el desigual movimiento demográfico de la Ciudad desde su nacimiento hasta nuestros días.

La descripción histórica del censo de la ciudad de Roma, depende, en buena parte, de la tradición. Por mucho que la crítica haya buscado y estudiado constantemente la manera de resolver y disipar la densa neblina que envuelve todavía de incertidumbres, de dudas y contradicciones los restos de aquel inmenso edificio del mundo romano, no es posible ni creo que podrá serlo en el porvenir, reconstruir ésta Pompeya de la Historia cuyo enorme esqueleto, aún en pie, no puede reproducir el cuerpo y presentarlo como era en la plenitud de sus formas.

Se investigó entre las cenizas de los incendios, los escombros de las destrucciones y los restos desenterrados, se movió y removió el suelo primitivo de la ciudad tratándolo con mayor solicitud que al terreno rico en minerales preciosos; todo se hizo y se hace todavía para dar a la crítica materia de reconstrucción; pero quedará siempre un campo vasto e inagotable.

La historia romana es la historia de un mundo que fué, es la historia de una idea colectiva, grandiosa: la de la infancia de la civilización moderna.

Una muy larga y tempestuosa noche sucedió al ocaso de la grandeza romana y la posteridad recogió demasiado tarde con mano piadosa las reliquias de las generaciones desaparecidas, no cuidando o rehusando por largo tiempo su herencia preciosa de enseñanzas de nuestros lejanos padres

Parece probable; dice Mommsen, que mientras los Latinos persisten en habitar lugares abiertos y no se reúnen en la ciudadela común sino en los días de fiesta o de consejo o en caso de inminente peligro, los Romanos habían abandonado más pronto y fácilmente estos hábitos de vida en el exterior. Lejos de nosotros la pretensión de que el Romano haya dejado por esto de ocupar sus casas de campo, y que no haya continuado teniendo allí su ver-

dadero hogar doméstico; pero el aire de la campiña era malsano, y los habitantes se sentían naturalmente inclinados a construirse una habitación sobre las colinas, en donde respiraban una atmósfera más pura y saludable.

Después, al lado de los campesinos que se hacían ciudadanos, vino a establecerse muy pronto una población numerosa que no se dedicaba a la agricultura, compuesta a la vez de indígenas y de extranjeros. Esto es lo que hace comprender la intensidad de la población total del antiguo territorio romano, que, teniendo apenas unas nueve leguas cuadradas, sobre un suelo de marismas y areniscos, podía ya alimentar en tiempo de su primitiva constitución política 3.300 hombres libres armados para la defensa de la ciudad, que contenía, cuando menos, una población de 10 000 habitantes libres. Aún hay más; cuando se conoce a Roma y su historia, se sabe que el rasgo más notable de sus instituciones públicas y privadas era la organización, en extremo exclusiva, del derecho de ciudad y de comercio; al lado de los demás Italianos, y particularmente de los Latinos, se distinguió sobre todo por la separación radical establecida entre los *ciudadanos* propiamente dichos y los *campesinos* o aldeanos. No vayamos por tanto a buscar en Roma una plaza de comercio a la manera de Corinto y de Carthago; el Lacio era, ante todo, un país agrícola, y Roma ha sido y es ciudad latina. Pero ha debido a su posición comercial y al espíritu exclusivista de sus *ciudadanos* el ocupar un rango aparte y ponerse a la cabeza de las demás ciudades latinas. Como era el mercado del país, se desarrollaron allí rápida y poderosamente las prácticas de la vida urbana, al lado y sobre las de la vida de los campos, a las que habían permanecido fieles los Latinos. Estas prácticas los hacían de una condición más elevada. Y en verdad que la investigación y el estudio de los progresos estratégicos y comerciales de la ciudad tiberiana son mucho más fecundos e importantes que el análisis minucioso de las casi invariables condiciones en que han vegetado tantas otras sociedades de los antiguos tiempos. Hallamos, en fin, la huella y las etapas del progreso de Roma en las tradiciones relativas a sus diversos recintos y a sus fortificaciones sucesivas. Su

constitución ha marchado, en efecto, paso a paso y a medida del engrandecimiento de la ciudad misma (1).

La parte estadística de ésta historia debe servirnos más que cualquier otra de la tradición.

La población documentada de los censos, rigurosamente hablando, empieza en la época de Augusto; la tradicional pues, abarca toda la época anterior en un período de más de setecientos años.

A la vez que la nueva organización militar, formó el Estado un catastro exacto de todos los dominios de Roma. Dispuso que se abriese un libro territorial, abrigando más o menos cuidadosamente, en el que los propietarios hacían inscribir sus fincas con todas sus servidumbres activas y pasivas, con todos los esclavos y bestias de tiro o de carga que en ellas tenían. Toda enagenación no hecha públicamente y ante testigos era tenida por nula. La renta que era el tipo de la conscripción, se revisaba de cuatro en cuatro años.

De este modo salieron la *mancipación* (*mancipatio*) y el *censo* (*census*) de los reglamentos militares de la constitución serviana (2).

La inseguridad de la estadística Romana consiste en la cifra absoluta de la población que es, siempre presuntiva, obtenida por el agregado de un 34 o 40 por ciento, según la época, sobre las cifras que se conocen de los censos practicados desde Servio Tulio hasta Julio César que consignan únicamente el número de los hombres aptos para las armas y nunca el número de la población entera.

La guerra enseñó a los romanos la importancia del censo que se practicó primero por los reyes, después por los cónsules y, por último, por los censores.

La estadística, el catastro, los registros de nacimiento y defunciones, todo comprendido en la institución del censo, base fundamental del gobierno y de la potencia romana, debida a Servio Tulio, sexto rey, se inician el año 197 de Roma, y por lo tanto por 197 años vale decir, desde esta época a la de la fundación, las ci-

(1) M. Mommsen: Historia de Roma = traducción de A. García Moreno. Madrid 1876. Vol. 1, págs. 77-78.

(2) T. Mommsen: Historia de Roma = edición citada. Vol. 1, pág. 143.

fras estadísticas son puramente tradicionales. La importancia que los romanos daban al censo y la exactitud de sus cuadros estadísticos, dice Cantú, eran de una perfección sin igual y tales que ningún pueblo moderno podría jactarse de hacer cosa más precisa.

Tácito y Suetonio dicen que Augusto había escrito de su propio puño el epílogo de la estadística del imperio romano.

Los frecuentes y a veces largos intervalos de tiempo entre un censo y otro que, según la ley, debían hacerse cada cinco años, se deben a menudo a las largas y violentas conmociones del pueblo romano. El más largo de esos intervalos entre los censos se encuentra en la historia medioeval de Roma, y abarca el espacio de tiempo de casi mil años, empezando desde el imperio de Aureliano (270 d. J. C.) y terminando al Papado de Inocencio III (1198); período obscuro y calamitoso perteneciente a la edad bárbara.

Debiendo tratar de todos los censos de la población romana desde los más remotos tiempos hasta hoy, asignando las causas de las variaciones más notables para el aumento o disminución de la misma, me parece útil, más aún, necesario, recordar someramente las gestas de los romanos, acaecidas entre un censo y otro. Las luchas internas y externas, las causas y los resultados de las mismas, las fortunas y las desgracias, las reformas políticas y administrativas y todo lo que se relaciona con la vida económica, política y moral de un pueblo, constituyen las causas que influyen en el movimiento de la población.

Arrancando de los primeros tiempos de Roma o de su fundación, se puede afirmar, según las más acreditadas cronologías, que ella fué edificada el año 752 antes de J. C., el año cuarto de la sexta olimpiada, reinando Achaz, rey de Judá, según Juan Lúcido, y según Enrico Glareano, durante la séptima olimpiada y 432 años después de la destrucción de Troya. Rómulo, su fundador, la construyó cuadrada sobre el monte Palatino, tenía una superficie de 16 hectáreas y la circundó, con la explanada, con muros y fosos.

La Roma antigua, en el momento de mayor prosperidad, excedía mucho en población y extensión a la Roma moderna; en la edad de Augusto habitaban en Roma alrededor de un millón de personas, comprendidos los esclavos y las guarniciones militares.

La *Urbs* primitiva, o el núcleo en rededor del cual se desarrolló Roma, fué, según Nibby, la del *Palatino*, y, más propiamente, la edificada sobre la parte oriental de la colina cuadrada. A ésta que se le llamaba *Palatium*, se agregó también la parte menor oriental, separada de la otra por medio de un pequeño valle; éstas dos partes constituyeron la Roma primitiva circundada por el muro cuadrado atribuído a Rómulo.

Durante toda la República y los primeros tres siglos del Imperio, la ciudad no tuvo otro recinto que el construído por Servio Tulio. Pero había suburbios afuera del recinto por todos lados, hacia el Norte, el Sur y el Este de los montes Celio, Esquilino, Viminal y Quirinal con preferencia con casas privadas, y hacia el Noroeste, en las bajas llanuras que del Capitolio y del Quirinal se llegaba hasta el Tiber, constituyendo el Campo de Marte, con preferencia con edificios públicos y monumentos. Más, también a la otra orilla del Tiber, a la espalda del Janiculo y a las faldas del Vaticano había casas, quintas, circos y templos.

Aureliano levantó nuevos muros para circuir la ciudad que se había demasiado ampliada; en toda dirección aumentó el nuevo recinto, y al Norte comprendió el *Collis Hostorum* (Pincio), y más allá del Tiber una parte del Janiculo hasta su vértice, de manera que las colinas de Roma no fueron más siete sino nueve. Esta fué la máxima extensión de Roma antigua.

Si la ciudad aumentó progresivamente su extensión hasta encerrar la superficie de 638 hectáreas, no menos lo hizo con su población no obstante las carestías, las pestilencias, las luchas civiles y las guerras que desde su primera edad hasta Augusto, la venían afligiendo.

El último censo de la República practicado el año 70 — 69 a. J. C. reconstruído en base a cálculos más o menos atendibles, asigna a Italia una población de cerca de cuatro millones de habitantes, comprendidos los esclavos; el censo del año 28 d. J. C. registraba 4.063.000 ciudadanos (*civium capita*) y las listas del censo en el *Monumentum Ancyranum*, muestran un aumento continuo que por otra parte, está comprobado por el censo del año 47 d. J.

C. del que nos informa Tácito, censo que registró 5.984.072 ciudadanos.

¿Pero qué debe entenderse por *civium capita*? Es muy probable que deban entenderse solo los ciudadanos, es decir, los que gozaban de la ciudadanía Romana y que en el año 27. d. J. C. la población total de Italia fuese de 14.000.000, de los cuales seis pertenecen al Norte, tres al centro y cinco a la parte meridional de la península. Es conveniente recordar que en esa época había en Italia varias grandes ciudades y entre ellas Pádua, Verona, Milán, Rávena, Bolonia, Módena, Ostia, Cápua, Puzol y Nápoles. Según Beloch el imperio romano tenía una población de casi 54.000.000 de habitantes; pero Beloch tan solo asigna a Italia 6.000.000 de habitantes.

El Egipto tendría 5.000 000, seis el Africa, medio millón la Cirenaica, 6 millones el Asia, siete el Asia Menor, seis la Libia, medio millón Chipre, tres la Grecia, dos las regiones danubianas, tres millones y medio las Galias, un millón y medio la Narbonensis, seis España, medio millón la Cerdeña y la Córscica y medio millón la Sicilia.

Muy notable era en Roma la división por clases y poseer una idea clara de la misma equivale a comprender mejor el organismo del Estado. Durante la República la división no era muy visible y las dos divisiones de patricios pertenecientes a determinadas clases llamadas *gentes* y de plebeyos, desaparecieron desde el año 287 a. J. C. con la *lex Hortensia* con la cual los plebeyos fueron definitivamente admitidos a ejercer todas las magistraduras. Poco a poco se formó una nueva aristocracia que puede definirse clase senatorial en cuanto era constituída por aquellas familias que por larga sucesión de tiempo venían ocupando los poderes públicos.

Cayo Graco aprovechó entonces de la favorable condición económica de los *negotatores* o comerciantes e industriales, de los gobernadores y de los *publicani* para crear la clase de los *equites* en la que se admitían solamente ciudadanos que disfrutasen de una renta de 400 000 sestercios equivalentes a casi 32 000 libras, y a ellos confió el exclusivo contralor de los tribunales colocándolos en fuerte antagonismo con la clase senatorial. La *plebs* se hallaba en

condiciones inferiores a las otras dos clases pero concentraba en sus manos el poder del voto, y ocupaba un lugar prominente y perjudicial, en la política de los últimos años de la República.

Durante el imperio las cosas cambiaron. Augusto constituyó una nueva clase senatorial con gente de su confianza; esta clase gozaba de derechos hereditarios en la ocupación de los mayores cargos del Estado (cónsules, pretores, tribunos, cuestores), y su única condición esencial era la de tener una renta anual de un millón de séstercios, equivalentes a casi 80 000 libras. Los *equites* subsistieron, pero eran *equites* de derecho también los hijos de los senadores y además eran *equites illustres* todos aquellos que pudiendo ser senadores preferían mantenerse caballeros. A ellos se les nombraba gobernadores de la Nórica (Austria) y de la Recia (parte de Suiza), o prefectos de Egipto, o de la ciudad, o comandantes de las cohortes pretorianas.

Con el imperio los libertos gozan de una posición de favor. Augusto limitó el número de los esclavos que podían ser declarados libres, y contemporáneamente se sirvió de los libertos como funcionarios municipales y provinciales, pero prohibiendo terminantemente que llegasen a las magistraturas. Creó, en fin, una aristocracia de libertos en el *ordo Augustalium* la cual concluyó con damnificar y mortificar las costumbres, como afirma Marshall en su libro *Imperium* (del que me he servido para estos datos), ya que aquellos aristócratas comerciaban e industriaban sin escrúpulo y muy a menudo por cuenta de los mismos senadores a los que, por ley, estaba prohibido cualquier clase de especulación. La *plebs* del imperio es más consciente por el gran número de artesanos y de profesionales que comprende; pero una plaga era siempre la *plebs frumentaria* que recibía gratuitamente trigo sin trabajar. No obstante también la plebe era ocupada en los servicios de guarda cívica.

La sociedad de la capital despreciaba la de los *municipia* y ésta la de las *provinciae*; en los *municipia* la sociedad estaba organizada sobre base económica. Resulta difícil establecer el precio de los esclavos, variaba según la calidad de la *mercadería*, relacionándose también con la demanda y la oferta. Catón el Censor

no pagaba nunca más de 50 libras y se llagaba a comprar un hábil viñador hasta con 64 libras. Horacio nos dice que bastaban 18 para comprar un esclavo cualquiera, y en tiempo de Justiniano eran suficientes doce libras para adquirirlo, elevándose el precio hasta 36 cuando era culto.

Los esclavos hacían de todo; desde sirviente común a médico, según su cultura y aptitudes.

Algunas casas romanas poseían un número exagerado, ocupado en las faenas de sus vastas posesiones campestres, como, por ejemplo, Cecilio Isidoro, que el año 8 a. J. C. poseía 4116 esclavos. En aquellas grandes casas al mando de los esclavos había un *procurator* y a veces un *dispensator*, esclavo él mismo. Frecuentemente se los empleaba en grandes industrias, como en la cerámica o en las construcciones en las que Craso tenía ocupados 500 esclavos. Se les trataba muy mal, sin ninguna consideración; el matrimonio solo era permitido para los de mucha importancia, como por ejemplo el *vilicus* (administrador o mayordomo de campos) y por lo tanto no tenían derecho a criar hijos. El hambre, el frío, las cadenas, los latigazos, los trabajos forzados y la tortura, eran los duros castigos a que se los sometía tan frecuentemente como no es fácil imaginarse; pero se les pagaba y podían ponerse aparte sus ahorros, *peculium*, con la esperanza de liberarse. Durante el imperio su posición mejoró y se les permitió el matrimonio. Más tarde obtuvieron también la autorización para reunirse en *collegia* con el objeto de denunciar los malos tratos de los patrones y apelar en contra de ellos.

Antonino Pio dispuso que los esclavos maltratados pasasen al servicio de otros patrones; Constantino castigó como homicidio el asesinato de un esclavo, y Plinio, en tiempos de Trajano, demuestra poseer un corazón bien diverso del de los romanos de otras épocas, cuando (Epist. 95) lamenta la enfermedad y la muerte de uno de sus esclavos.

El Cristianismo había ganado ya una bella batalla.

En resumen, a ese ritmo vivía la sociedad romana y esas fueron las evoluciones principales que sufrió en su vida política y social.

Dados estos antecedentes entraremos en materia.

Volviendo a la Roma de Rómulo y a su primitiva periferia cuadrada con 16 hectáreas de superficie, y calculando 500 habitantes por hectárea tendríamos que la primera población probable de Roma habría sido de 8.000 habitantes. Poco después, vencido Tito Tacio rey de los Sabinos e incorporándose con su pueblo a Roma para dividir el reino con el vencedor Rómulo, se agregó al perímetro de la ciudad el monte Tarpeo o Capitolino comprendiendo otras 16 hectáreas y la población se aumentó, contando los Sabinos y los colonos a 15 000 habitantes y, según algunos, a 18.000; a la muerte de Rómulo, afirman otros, sin embargo, que la población residente dentro de la ciudad llegaba a un total de 16.000 habitantes.

Reinando Numa Pompilio, segundo rey de Roma, (714 a J. C.) por lo que afirma Dionisio, se añadió a la ciudad la colina Quirinal, aumentando luego, la superficie hasta 64 hectáreas, y conservando la misma proporción de 500 habitantes por hectárea tendríamos que la población de la ciudad en aquel tiempo, llegaría a 30, o, 32.000 habitantes.

Tulo Hostilio, tercer rey de Roma (670-630 a J. C.), destruída Alba Longa, incorporó a la ciudad los habitantes de aquella ciudad (*Albani*) y les asignó el monte Celio para cultivarlo, agrégándolo al perímetro de Roma. Se extendió entonces la superficie de la ciudad hasta 120 hectáreas y la población aumentó hasta 50 mil habitantes. Tratándose de colonos que tenían a su cargo el cultivo del nuevo monte incorporado al perímetro de la ciudad, la densidad de la población disminuyó un tanto de manera que, en este último monte, ya no se podría calcular, como en los anteriores, la proporción de 500 habitantes por hectárea

Anco Marcio, cuarto rey de Roma (641-617 a. J. C.) tras vencer a los Latinos y apoderarse de algunas ciudades, lleva a Roma a sus habitantes y les asigna por residencia la colina Aventino y el valle Murcia, extendiéndose así el señorío de Roma a lo largo del Tiber hasta el mar; se ensanchó la superficie de la *Urbs* hasta 180 o 200 hectáreas y la población subió hasta 90.000 habitantes.

Aquí empieza a manifestarse la inquietud del pueblo romano,

hasta obligar al rey a construir la cárcel Mamertina con el solo objeto de poner un freno a la audacia de los ciudadanos aumentada con el crecimiento de la población.

Tarquino el viejo, quinto rey (616-578 a. J. C.), construyó magníficas obras para aumentar el esplendor y las comodidades de la ciudad y entre ellas, el Circo, el Foro, los Acueductos y la Cloaca Máxima, y con las victorias primero y las reformas después, en 38 años de reinado consolidó la vida política y social de Roma y la población se mantuvo constante sin verificarse aumento o disminución.

Servio Tulio (578-534 a. J. C.), sexto rey, reformó la constitución política y administrativa en favor del pueblo, venció a los Etruscos, amplió la ciudad y la fortificó y confirmó la hegemonía de Roma sobre la Confederación latina. Según algunos historiadores, agregó a la ciudad las colinas Esquilino y Viminal y según otros, entre ellos Fabio Pictor, también el Quirinal.

Lo que se sabe positivamente es que la superficie fué ampliada hasta 638 hectáreas (extención talvez exagerada) y que el cerco de muralla tenía doce kilómetros y medio. Ordenó el censo que Livio llama *rem saluberrimam tanto imperio*. La población subió a 80.000 habitantes de los que 45.000 eran aptos para las armas, cifra ésta que nos ha transmitido también Messala Corvino. Agregando a la población puramente tradicional de 80.000 habitantes el 34 %, aumento proporcionado, tratándose de un pueblo esencialmente guerrero, se tiene una población de 107 000 habitantes.

Lucio Tarquino el Soberbio, último rey (634-510 a. J. C.) fué el primero en enviar colonias romanas a Signia, ciudad quitada a los Volscos, y a Circé con el objeto principal de defensa de la ciudad por tierra y por mar, y además para dar salida a la excesiva población creciente. Durante su reinado una pestilencia afligió la ciudad, lo que hace pensar en una disminución de población. Los reyes ampliaron Roma, según los antiguos escritores, aumentando la población hasta casi 14 veces más de la atribuída a la época de su fundación, en el espacio tradicional de tiempo de 240, o 244 años; vale decir de 8.000 a casi 112.000 habitantes.

Pero esta cronología no descansa sobre fundamento histórico como lo ha demostrado Niebuhr, y Algarotti, entre otros argumentos, aplica en contra de esta duración de los reyes la teoría de Newton que sostiene que en los países en los cuales las generaciones tienen una duración de 33 años, los reinos de todos los soberanos de quienes la cronología es exacta, no pasan, el uno con el otro, los 18 o 20 años. De tal manera se asignaría a la Roma de los Reyes una duración de 150 años más o menos, cancelando cerca 100 años de historia. Ahora si consideramos probable este cálculo, se debe admitir que el aumento de la población fué rapidísimo, porque si en los países en donde las condiciones de la vida política y económica generalmente son buenas, la población se dobla, en 80 años o poco menos, en Roma se verificó un aumento de casi 14 veces en el espacio de 150 años; es cierto que mucho contribuyó a ese aumento la anexión de los pueblos vencidos, pero no es menos cierto que durante ese espacio de tiempo hubo guerras, pestilencias y envío de colonias, hechos estos que debieron contribuir por su parte a cierta disminución de población. El aumento se debe, no solamente a las anexiones de los pueblos vencidos, sino también a una libre y rápida propagación de la especie.

Si, en fin, no tomando en cuenta este cálculo de la crítica, nos atenemos a la tradición y consideramos el aumento de la población en el espacio de 244 años, también en este caso debemos concluir que el aumento fué rapidísimo y notable, teniendo presente las condiciones de Roma en aquel tiempo; pues, si la población, como se ha dicho, se dobla en general en 80 años, y por lo tanto se triplica en 244, la de Roma aumentó casi 14 veces en 244 años, aumento notable, cuales fuesen las consideraciones de atenuación que se quieran hacer. La población no interrumpida por obstáculos se dobla, según Malthus, de 25 en 25 años, pero esto se verifica en los países en donde la vida del hombre es muy poco disimil, diríase casi, de la de los vegetales, donde la reproducción no se ve impedida por falta de nutrición, el más grande de los obstáculos, ni por las guerras, ni por las enfermedades y en donde además el territorio es de inmensa extensión, y cultivado responde a las necesidades del pueblo que vive y se multiplica

en el mismo; pero esto no es posible en ciertos lugares, como el mismo Malthus afirma.

Roma presenta un caso bien diferente en el tiempo en que empieza a poblarse. Roma surgió no solamente para vivir sino también para ser grande, y sus primeros habitantes estaban muy lejos de ser pacíficos agricultores refugiados en un ángulo de tierra comprendida entre dos ríos, con el solo objeto de vivir tranquilamente y formar una sociedad.

Bandidos, especuladores, de desconocida procedencia, prófugos casi todos, llegaron de todas partes sólo con sus brazos y algún utensilio rural, y con tales medios, guiados por un jefe audáz, tuvieron que confiarse en la fuerza, único medio para formarse un estado, careciendo de todo. Al desarrollo, pues, de la vida social de aquellos primitivos romanos se asoció pronto necesariamente el desarrollo de la vida política, y la lucha, como consecuencia, fué una condición *sine qua non* de existencia.

Surgieron por lo tanto, obstáculos de todo género para su reproducción, y así hubo de inmediatez guerras, seguidas de carestía y hambre y enfermedades, de manera que el movimiento demográfico de Roma debe considerarse con su historia, sólo medio que podrá dar razón de la rapidez o de la lentitud en el aumento y en la disminución de la población.

El período histórico de la República fué heroico y borrascoso. La revolución del 244 de Roma que terminó con el régimen monárquico, no fué obra del total de la población romana, sino de la aristocracia que quiso apoderarse del gobierno que el último Tarquino había concentrado en sí mismo. Bruto dirigió la revolución y creó el gobierno consular con una república aristocrática, y concluida la revolución política, por el antagonismo entre el patriciado y la plebe, vino la revolución social.

Plutarco menciona un primer censo de la república en el año 246 de Roma del que se revela que Valerio Públícola anotó 130 000 ciudadanos, no calculando los huérfanos y las viudas exentes de imposición; y Cantú, considerando esta cifra, únicamente relacionada con los aptos para las armas, dice que el número de los habitantes residentes en el pequeño territorio de Roma entre Crustu-

meria y Ostia y sin otro medio de vida que el producto de los campos y del botín, era 650.000 sin contar los esclavos. Dionisio de Halicarnaso nos recuerda otro censo del año 278 de Roma dando la cifra de 110.000 habitantes en la edad de la pubertad. El mismo historiador dice que a un número triple alcanzaban las mujeres y los niños, los esclavos, los comerciantes y los extranjeros que ejercían profesiones mecánicas, no siendo permitido a los romanos sustentarse con el tráfico y con la industria manual.

De manera que Roma, en aquel año, o sea 34 años después de la expulsión de los reyes, tenía ya una población de 440 000 habitantes de los que una cuarta parte, los comprendidos entre los 17 y 60 años eran varones aptos para las armas, y los remanentes 330 000, viejos, mujeres, niños libres, esclavos, comerciantes, artesanos y etc. Tito Livio habla de un primer censo republicano efectuado por el Cónsul Quincio el año 288 de Roma en el que se anotaron 104.214 ciudadanos aptos para las armas sin contar los padres y las madres que habían perdido su prole y quedaban sin posteridad, a los que agregando el 34 % para tener la población total, se obtiene una cifra presuntiva de 140.000.

El aumento, pues, durante el período de 90 años entre el censo de Servio Tulio y el de Quincio fué de 33.000 habitantes.

Este aumento fué lento, desproporcionado, si consideramos el tiempo e insignificante, debiendo buscar la causa en las vicisitudes ocurridas en aquel lapso. Entonces hubo en Roma dos grandes revoluciones, la política y la social; hubo guerra varias veces con los Volscos, Sabinos y Auruncos; siguieron las rebeliones y la secesión de la plebe obligada por el estado de desesperación a que se hallaba reducida por las deudas contraídas con el patriciado y por el inhumano rigor con que se aplicaba el derecho de los acreedores. El año 262 hubo una tremenda carestía, vinieron después las contiendas civiles por la ley agraria, y otra guerra contra los Veyentes que duró del 271 al 280 y que resultó funesta para los romanos que sufrieron el saqueo de la campiña y el asalto a la ciudad, y el año 287, al tomar Aneio, hubo que enviar allí una colonia romana. Estos son los acontecimientos habidos entre los años 197 y 288 de Roma, y por poco que se los considere aparece claro que constitu-

yeron en conjunto verdaderos obstáculos para el incremento de la población que sufrió después fuertes agitaciones por el estado económico y político de la ciudad, no obstante el ensanche de los límites del Estado.

Cinco años más tarde, el 294, siendo cónsules L. Fabio Vibulano y L. Cornelio Maluginense, se hizo el censo y se anotaron 132.409 ciudadanos, agregando el 34 % se tiene una población presuntiva de 177.000 habitantes, con un aumento de 37.000 en cinco años.

Y aquí cabe observar que este aumento en cinco años es mayor que el habido en los 90 precedentes debiéndose justificar por el estado de perfecta tranquilidad de que gozó Roma en aquel lustro, durante el cual, exceptuada la tentativa o conjuración que finalizó con el asesinato de Cesón Quincio, patricio que pretendió violar el pacto de la ley sagrada y restablecer la constitución del año 261 nada se observa de notable. En los 165 años que le siguieron fué un corto paréntesis que la tradición calla en lo que se refiere al censo; años fecundos de lucha y de acontecimientos inician el período de prueba para el pueblo romano que se prepara para ser dueño un día de los otros pueblos, así como lo había preconizado Virgilio: "*Tu reggere imperio populos, Romane, memento*".

Durante estos 165 años se renovó la lucha contra los Volscos y los Ecuos en los años 295 y 296, lucha que puso en peligro la suerte de Roma, al reconquistar los Volscos la colonia romana de Ancio; los Ecuos echados de Túsculo volvieron el año 296 saqueando las tierras latinas e infligiendo a los romanos una derrota a lo largo del río Algido.

Cincinato restablece la fortuna de Roma luchando y venciendo a los Ecuos que combate hasta el año 299.

Entretanto la ley Icilia *de Aventino publicando*, confiere a la plebe la posesión de dicha colina, necesaria a la plebe urbana por el crecido número de su población, y hace resurgir la ley agraria, olvidada desde hace muchos años. En 303 la instauración del gran monumento jurídico, la legislación decenviral, señala el advenimiento más notable de la historia de Roma durante las contiendas entre patricios y plebeyos.

Después se renueva la guerra en contra de los Sabinos y los Ecuos y se rebelan nuevamente los Volscos apoderándose de Corbión. Una carestía en 314 azota a la población; el año 317 Roma lleva la guerra a Veyo y el 319 a los fidenates quitándoles la ciudad capital, Fidenes, fundando una colonia. De 323 a 331 corren siete años de paz, breve tregua para robustecerse para las nuevas luchas. El año 332, vuelven a luchar los Ecuos y los Romanos y al apoderarse éstos de Lábico, establecen una colonia de 155 plebeyos el año 336. A su vez los Volscos pierden a Veyo y los romanos envían otra colonia a Vitelia con 3000 plebeyos asignando a cada uno tres yugadas y media de tierra y extendiendo sus límites hasta el lago Fucino. La llegada de los Galos el año 365 obliga a Roma a concertar la paz con los Ecuos y los Volscos; entretanto habían tenido lugar varios períodos de sequía y terremotos.

Un gran peligro amenazó a los hijos de Rómulo; la invasión gálica por poco no los canceló del número de los pueblos, mientras los pueblos sujetos, aprovechando el difícil trance en que se hallaba envuelta Roma, se sublevaron, primero entre ellos los Latinos y los Hérmicos, después los Volscos y los Ecuos y por último los Ertuscos. Vencidos todos, uno después de otro, los Romanos extienden su dominio especialmente sobre Etruria y para compensar la disminución de los ciudadanos producida por la guerra gálica, fundan el año 367 cuatro nuevas tribus.

Transcurridos apenas siete años de tregua, pero no de paz, empezaron las terribles guerras Samníticas que procuraron a Roma el primado sobre la entera península itálica. Desde el año 411 al 413 lucharon los Romanos con los Samnitas y concertaron una tregua con ellos para ir contra Latinos, Volscos y Capuanos que se habían sublevado formando una liga. Vencida ésta se formó otra el año 415 integrada por los Latinos, Tiburtinos, Prenestinos, Veliternios, Aneidos y Lanuvinos que tuvo igual suerte que la primera, cayendo en poder de Roma la importante ciudad de Cales, en donde en 420 se estableció una colonia romana de 2.500 hombres. El año 428 se renueva una ferocísima guerra con los Samnitas en la que Roma se ve comprometida por 22 años, hasta el año 450, guerra ésta de la que dependieron los destinos de Italia y del

mundo. Entretanto los Etruscos, expirada la tregüa de 40 años, vuelven a las hostilidades en el año 442 y, vencidos, forman una liga con los Umbros, y vencidos nuevamente, aceptan otra tregua de 40 años.

Después de la paz samnítica Roma mandó colonias a Alba y a Sora Fucense, la primera de 6.000 hombres para custodiar a los Marsos, la segunda de 4.000 para los Volscos orientales, sobre la frontera del Samnio; y otras dos mandó a Carseolis en territorio de los Ecuos y a Narnia sobre el río Nera. Pero los obstinados Samnitas volvieron a la lucha con los Etruscos, los Umbros y hasta con los Galos y después de haber infligido a los Romanos el año 459 alguna derrota son completamente derrotados en la localidad de Lentino o Fabriano.

El mismo año se efectuó el censo por los censores Publio Cornelio Arvino y Cayo Marcio Cornelio, bajo el C L V consolado, y se anotaron 262.322 ciudadanos como afirma Tito Livio (Lib. II. Deca I) a los que agregando el 35 % (y no el 34) por razones de extensión, se tiene una población presuntiva de 354.000 habitantes. Obsérvese que esta cifra es precisamente el doble de la del censo del año 294 o de 165 años antes; no existe, en verdad, proporción entre el tiempo transcurrido y el aumento del doble de la población que, en este caso, sería demasiado lento, pero perfectamente explicable con los acontecimientos históricos recordados y acaecidos durante este espacio de tiempo.

Y efectivamente hubo guerras continuas acompañadas a menudo de pestes y carestías, que, con los bárbaros, invadieron el territorio latino, añadiéndose a todo esto otras calamidades atmosféricas, agrícolas y sísmicas.

No obstante, contra todos estos contratiempos, se luchaba y se vencía, y venciendo era necesario después asegurar la victoria para poder extender su propio dominio. Roma enviaba colonias para este fin. Las mandó a Sátrico, a Sutri, a Nepetes y Seria entre los años 371 y 375 distribuyendo las tierras de las campiñas pontinas y asignando a los colonos dos yugadas de tierra a cada uno; pero no se reparó en la miseria de muchos que aumentaba por los obstáculos opuestos por los patricios a la renovación del censo. Ro-

ma, observa Cantú, se habría despoblado seguramente por las tantas guerras si no hubiese buscado una compensación en la manumisión de los esclavos y en admitir a la paridad de derechos a los vencidos.

Después de la victoria de Fabriano, mientras los Romanos luchaban contra los Volscos y otras ciudades, vuelven a reaparecer los Samnitas en los años 461, 462 y 463 que, nuevamente vencidos, piden la paz el año 464.

En este año se procede al censo que da por resultado 273.000 ciudadanos, a los que añadidos el 35 % se obtiene la cifra presuntiva de 368.000 habitantes con un aumento de 14.000 habitantes sobre el censo del año 459. Este aumento en cinco años no es ciertamente grande, pero la guerra de los Samnitas no había concluido aún y además hubo una pestilencia en Roma que empezada el 459 duró casi dos años. Aquellos pueblos que en la última guerra habían sido partidarios de los Samnitas o como aliados de los Romanos no habían observado fielmente sus obligaciones, fueron castigados y condenados a una completa sumisión. Fueron otros 24 años de guerra de la que resultó la unificación de la península bajo el dominio romano.

En la guerra contra los Etruscos, en la batalla de Arezo perecieron 13 000 soldados romanos, 7 tribunos y el mismo pretor Lucio Cecilio Metelo. Vencidos y exterminados los Galos Senones que habían asesinado a los legados romanos que pedían la paz, surgió sobre el mar Adriático la colonia romana Sena Gálica en 471; otra gran derrota sufrieron los Senones y los Etruscos coligados contra Roma, y después de otras luchas sostenidas con los Lucanos, Brucios, Bayos y Etruscos quedó concluída la paz en el año 474. El censo se hizo el año 473, nueve años después del anterior, y dió por resultado una población de 278.222 ciudadanos que, con el agregado del 35 %, llegó a 375.000. El aumento de 7.000 habitantes sobre el censo anterior del año 464 es muy poca cosa y la causa debe buscarse siempre en la guerra que en los últimos años fué encarnizada, por la desesperación de los pueblos en lucha por su libertad y su existencia.

Se presenta ahora la épica figura de Pirro que llamado por

los Tarentinos viene a Italia para hacer frente a Roma a la que vence en las llanuras de Heracléa en la Lucania, pero, a su vez, los Romanos vencen más tarde a los Lucanos, Brucios, Tarentinos y Salentinos y una vez más a los Samnitas.

El año 478 se efectuó el censo dando 271.224 ciudadanos a los que añadido el 35 % da un total presuntivo de 366.000 habitantes. Durante estos últimos cinco años la población, en vez de aumentar dió 9.000 habitantes menos que el censo del año 473, y esta disminución es debida a las pérdidas inmensas que tuvo Roma en la lucha contra Tarento y Pirro.

Este censo es poco disimil del que habla Eutropio, lib. II. Cap. X, censo 35° efectuado por los censores G. Blasio y M. Rutilio, que nos da la cifra tradicional de 292.324 ciudadanos, haciendo notar el autor que de la fundación de la República hasta entonces nunca había cesado la guerra.

Continuando la lucha contra Pirro, que fué el primero que trajo a Italia los elefantes como elemento bélico, y derrotándolo en la Lucania, lo obligaron a salir de Italia, fué fundada una fuerte colonia en Pesto; en 482 fué sometida Tarento, en 483 Reggio, y en 487 Brindis en la Mesapia, convertida el año 501 en una colonia romana.

Con la Magna Grecia concluyó la conquista de la Península y la guerra de los Itálicos contra Roma por conservar su independencia, contienda que la clase rural y la clase media, como juzga Mommsen, habían excitado en la parte meridional de Italia.

Tres años después empezaron las guerras púnicas que tuvieron por objeto el predominio en el mar Mediterráneo y en Sicilia y la destrucción de Carthago, poderosa y rica.

Las dos grandes penínsulas del Mediterráneo, Italia y España, con las insulas más extensas que hay en el mismo mar fueron el teatro principal de la guerra de dos ciudades rivales.

Principia la guerra en Sicilia y los romanos, al mando del Cónsul Apio Claudio Vindice, vencen a los siracusanos. Los cartagineses son derrotados y el año 481 varias ciudades de Sicilia se someten a Roma. Los cartagineses sufren nuevas derrotas en Agrigento, en Lípári y sobre el mar, en Milazo; el año 495 Ro-

ma está en guerra con Córcega para establecer allí una estación marítima en contra de Cerdeña, mientras sufre una derrota por parte de los Cartaginenses en Términi, Sicilia, en donde pierde muchas ciudades para cuya reconquista pasa otro año de lucha y de pérdida enorme de hombres.

Con la victoria naval de Licata en 498 Roma se abre la vía del Africa para llevar la guerra a la misma ciudad de Carthago. En 499 los romanos sufren una derrota cerca de Túnez, y ganan una batalla naval en el promontorio Herméo ,pero en julio del mismo año un terrible naufragio destruye casi totalmente la flota.

En el año 500 se apoderan de Palermo y de otras ciudades y al año siguiente otro naufragio en el promontorio Palinuro les destruye buena parte de la flota. En este año, 501, se procede al censo que da por resultado 297.798 ciudadanos, que con el agregado del 35 % forma una población presuntiva de 401.000 habitantes. Tenemos así un aumento de 35.000 ciudadanos en 23 años sobre el último censo, insensible pero proporcional si se considera que en la guerra tomaban parte ya muchos otros pueblos aliados que contribuían con hombres y dinero.

Sigue el alternarse de la guerra en Sicilia en 504, y al año siguiente, 505, Roma sufre una derrota naval en el mar de *Drepanum*, hoy Trápani, y otra más tarde cerca de Gela y Camarina en donde naufragan perdiendo todas sus galeras. El año 506 se procede a un nuevo censo cuyo resultado es de 251.221 ciudadanos que aumentan con el agregado del 35 % a 339.000, es decir 62.000 habitantes menos que el censo anterior y esta disminución se explica con las pérdidas gravísimas sufridas en los últimos cinco años y que se acaban de describir.

Pasan seis años, del 507 al 512, en relativa tranquilidad, y el 10 de mayo de este último año los romanos obtienen una victoria naval cerca de la isla Egusa, hoy Favignana. Se hizo entonces la paz después de 20 años de lucha durante los cuales Roma sufrió inmensos daños y pérdidas de hombres. Los ciudadanos disminuyeron en un sexto en diez años según algunos escritores y no menos fué la disminución de los Latinos y de los Italianos; la Sicilia se volvió provincia romana y fué el granero de Roma que Catón

el Censor llamaba: *Cella plenaria Reipublicae, nutrix plebis Romanae* (Inmenso granero de la república, nodriza de la plebe romana).

Cuatro años más tarde se sometió a la isla de Cerdeña y con la adquisición de Córcega el año 519 se clausuró el templo de Jano que desde Numa en adelante había quedado siempre abierto. Pero la paz no duró, poco después el templo volvió a abrirse por otros ocho años de guerra contra Sardos y Corsos que se rebelaron y que Roma sujetó reduciendo sus islas en el 527 a provincias romanas.

Los Iliricos entretanto pirateaban las costas del Adriático desolando el comercio italiano en Oriente, esto indujo a los Romanos en el 525 a la conquista de la Dalmacia. Hacia el año 529 Roma hizo un reconocimiento de sus fuerzas y de las de los aliados temiendo un ataque de los Galos Cisalpinos; Polibio nos dice el número de los hombres aptos para las armas de que Rooma y su Estado podían disponer: 25.000 soldados de infantería y 23.000 de caballería, y comprendidos los aliados se llegaba a disponer de un ejército de 700.000 soldados de infantería y 70.000 caballos.

Roma en aquel tiempo, según algunos escritores, contaba con una población tradicional de 266.072 ciudadanos. Fabio Pietor, contemporáneo y presente en la guerra, dice que los dos cónsules disponían de un ejército de 800 000 hombres formado por 384 000 infantes y 26 000 caballos entre Romanos y Campanos y el resto por los aliados; los campesinos gozaban entonces del derecho de la ciudadanía pero sin voto.

En el mismo año fué dominada otra rebelión de Sardos y empezó la guerra contra los Galos compuestos por Boyos, Insubres (Lombardos), Taurinos y Gesados (Galos Transalpinos). A Fiesoli y Chiusi los Romanos sufrieron una derrota pero luego obtuvieron una estrepitosa victoria a Talamón y después de esta victoria el Senado decidió la conquista de la Galia Cisalpina, invadiéndola el año 530.

Vencidos los Insubres y los Gesados fué completada la conquista de la Galia Cisalpina.

El año 532 se hizo un nuevo censo que dió la cifra de 270 213

ciudadanos, la que con el 35 % de aumento acusa una población presuntiva de 364.000 habitantes. En 26 años el aumento es de 25.000 sobre el censo anterior, aumento demasiado lento que se explica siempre con la misma razón: la guerra.

El año 535 se rebela la Iliria hasta entonces aliada, fué vencida y reducida a provincia romana y un año después se aseguraron los desfiladeros sobre el Po, de Placencia y Cremona, estableciendo dos colonias romanas.

Por la destrucción de Sagunto, aliada de Roma, por Anibal, se origina la segunda guerra púnica.

Anibal, el genio vengador de su nación, odiaba a Roma como sabe odiar un oriental; en el 536 empieza su larga y difícil marcha viniendo de España a Roma, atraviesa los Pirineos y los Alpes y llegado al Ticino se enfrenta con un ejército consular y lo vence y sobre el río Trebia renueva la victoria.

Roma entretanto lleva la guerra a España, intenta conquistarla y aislar a Anibal en Italia, amenazando con llevar sus armas a Africa. Anibal, firme en sus propósitos, sigue su marcha atrevidamente extratéctica y destruye a las orillas del lago Trasimeno otro ejército consular, haciendo con sus estrepitosos sucesos desesperar de la suerte de los Romanos. Pero la férrea naturaleza de este pueblo se manifiesta en la increíble resistencia que le opuso, como se convenció el gran Cartaginés después de la terrible jornada de Canas (2 de Agosto del año 538).

Más de setenta mil romanos muertos sobre el campo de batalla no hicieron ni siquiera surgir en el Senado la idea de la paz; Tito Livio dice: el número de los romanos verdaderos muertos en Canas fué de 42.700, pero hay confusión en la descripción que hace de la batalla.

Las victorias romanas conseguidas en España no modifican las condiciones de Roma, que está muy lejos de mejorar. Cinco legiones enviadas contra los Galos para obligarlos a separarse de Anibal, son destrozadas en la selva Litana por los Boyos.

No obstante esto incorpora 8.000 esclavos (valones) y 6.000 siervos (addicti) con la promesa de redimirlos después de la guerra y envía legiones en Cerdeña y España y saca hombres de to-

das las provincias, crea nuevos medios para continuar la lucha, castiga a las provincias que se sublevan, infunde coraje a los desanimados, y con su inmensa audacia obliga a sonreírle a la mudable suerte de la guerra.

Efectivamente los Romanos vencen cerca de Nola con el Pretor Marcelo, los pueblos que formaban la liga itálica se mantuvieron fieles a Roma casi todos. El año 539, a más de los ejércitos de España, había en Italia 12 legiones en el campo de batalla que se elevaron luego a 18 y después a 23, y la flota fué aumentada hasta 150 naves. Anibal es vencido en Apulia en el 541 y por la sumisión de Cápua las armas romanas adquieren ventajas. Una peste mata a buena parte de los ejércitos beligerantes en el sitio de Siracusa, y tomada Agrigento el año 544 se establece allí una colonia romana.

Publio Cornelio Escipión, el hombre destinado para abatir el genio enemigo de Roma, va en el mismo año a España en donde empieza la serie de sus victorias.

Se procede en este año al censo y se numeran 137.107 ciudadanos que se elevan a 185.000 con el agregado del 35 %. Se tuvo así después de 12 años la diferencia en menos de 179.000 ciudadanos que la muerte sembró en los campos de batalla de Italia y de España; fué una inmensa hecatombe que ofreció Roma a la fatalidad por su salvación.

“La guerra y el hambre, dice Mommsen, habían diezmando la población de Italia. En la misma Roma disminuyó en una cuarta parte el número de los ciudadanos; y si se agrega la cifra de los Italianos muertos por los soldados de Anibal, no se exagerará elevándola a 300.000 hombres. Estas sangrientas pérdidas recaían sobre el cuerpo de los ciudadanos llamados a formar el núcleo principal y más sólido de los ejércitos”.

Prosigue su curso la guerra y favorece la suerte a los Romanos y a fin del año 549 se renueva el censo que da la cifra de 214.000 habitantes la que sube, con el agregado sabido, a 280.000. Se tienen entonces 103.000 ciudadanos de aumento después de solo cinco años. Esta cifra de aumento relevantísima es debida en su mayor parte a la redención de un gran número de esclavos y sier-

vos, a la disminución de los peligros y ferocidad de la guerra, a las victorias y, por lo tanto, a los medios y ventajas económicas conseguidas.

Anibal entretanto moraba aún en Italia y se luchaba en casi todas las provincias romanas. Claudio Nerón, cónsul, vence a Asdrúbal llegado para ayudar a Anibal, y obtiene Escipión la victoria en España al punto que en el año 548 la península queda reducida a provincia.

Sale entonces Anibal de Italia y en octubre del 552 es derrotado en Zama por Escipión y se llega a la paz después de 17 años de guerra.

Sacrificios sin número costó esta guerra a Roma y a Italia, pero grande fué la utilidad que de ella derivó.

Las guerras gálicas y las de Oriente en contra de Macedonia y de Siria fueron la herencia que Roma recibió de la segunda guerra púnica. Se unen los Galos guiados por Amílcar, y en las cercanías de Cremona son exterminados; prosiguen en los años siguientes y se coligan con los Insubrios matando a 6.600 soldados romanos en una trampa que les tendieron; pero en 559 son completamente derrotados. En 556 empezó la guerra contra Macedonia y fueron vencidos y sujetados a Roma como provincias el Epiro y la Tesalia, extendiéndose el dominio romano también a Grecia; una sublevación en España es reprimida el año 557.

El censo del año 559 da la cifra de 143 074 ciudadanos a los que añadiendo el 35 % se tiene una población de 193.000 habitantes, en diez años se tienen 95 000 habitantes de menos y esto es debido a los esfuerzos hechos por Roma para abatir a Carthago, por las encarnizadas luchas sostenidas con los Galos y con los pueblos de Oriente, pérdidas no más alimentadas por la redención de los esclavos.

Otros tres años seguidos lucharon los Galos por su independencia, y finalmente el año 563 se sometieron a los Romanos, cediéndoles la mitad de su territorio en donde surgieron las colonias de Bononia, Mutina y Parma; en aquel mismo año fué vencida y sugetada la Lusitania (Portugal).

La Siria que aún luchaba con Roma, derrotado su rey Antio-

co en las Termópilas en 564, perdió la Grecia. Lucio Escipión, hermano del Africano, ganó en Asia una grande batalla marítima, y en octubre de 564, con la gloriosa jornada de Magnesia, abrió a Roma las puertas del dominio del continente asiático.

El censo de este año fué de 258.308 ciudadanos que con un 35 % de aumento llega a 384.000 habitantes, con 155.000 más sobre el censo anterior. La guerra únicamente externa, Italia casi totalmente pacificada y la conquista de ricas regiones daban a Roma, que recojía todas las ventajas de la presente situación, posibilidad para extenderse y en Roma en donde todo afluí, gentes y riquezas, aumentaba con el bienestar material también el número de la población. No debe extrañar entonces si en cinco años el aumento de la población fué tan considerable si se consideran las ventajas obtenidas por la paz en el interior del país y las preciosas conquistas del exterior.

Siguen las empresas en Asia y en 566 los Galados son derrotados. Aquí empieza a manifestarse la corrupción en el ejército, vicio ya demasiado difundido en las otras clases de ciudadanos, al punto que el Senado, el año 568, tomó serias medidas para poner freno al extravío general de las costumbres.

Con la sumisión de los Etólios y con la derrota de Antico, el Mediterráneo se hallaba enteramente bajo el dominio de Roma. La turbulenta España, sin embargo, siempre inquieta y no dominada del todo, desde hacía veinte años luchaba, sublevándose por intervalos. En estas condiciones, el año 579, se procedió al censo por los censores Quinto Fulvio Flaco y Lucio Postumio Albino, anotándose 269.015 ciudadanos. Aquí, dice Livio, el número es inferior al que habría debido ser, porque el cónsul Postumio había declarado en la Asamblea del pueblo, que todos los compañeros latinos habrían debido volver a sus ciudades natales, según el edicto del cónsul Cayo Claudio, y que ninguno de ellos habría debido ser anotado en Roma, sino todos en sus propias tierras. Ahora agregando a esta cifra el 35 % se tiene una población presuntiva de 365.000 habitantes, aumentada en 15.000 en cinco años, y el aumento habría sido indudablemente mayor sin la aplicación del edicto de Claudio.

El año 583 los romanos sufrieron una derrota cerca de Larissa luchando con Perséo de Macedonia, y en 584 efectuado nuevamente el censo se tuvo una población de 327.222 ciudadanos que con el aumento del 35 % llegan a 441.000, con 78.000 habitantes más que el censo de cinco años antes. Crece entonces la población, ahora más, ahora menos, rápidamente, y sus condiciones económicas, si mejoran por el extenderse de las conquistas en Oriente, empiezan un poco a resentirse por la gran cantidad de gente que llega a Roma no siempre ni toda con el fin de producir trabajando; buena parte es atraída por la curiosidad y no poca para dedicarse a la especulación. Ya el año 565 (187 a. de J. C.) 16.000 personas fueron expulsadas de Roma por ociosas y enviadas nuevamente a sus tierras de origen.

La Macedonia fué sometida al dominio romano el año 586 después de la victoria de Pidna e igual suerte le tocó también en el mismo tiempo a Iliria. Los que más gozaron de la conquista y despojo de Macedonia fueron los ciudadanos de Roma, pues fueron aliviados en el pago del impuesto fiscal, bastando a las necesidades del erario el tesoro traído y todas las rentas de Macedonia e Iliria. El año 599 mientras los Romanos luchaban con los Céltiberos sublevados, se procedió al nuevo censo y se hallaron 324.000 ciudadanos elevados a 437.000 con el agregado del 35 %; se tienen ahora 4 000 habitantes menos sobre el censo del año 584 y a la distancia de 15 años. Esta disminución prueba la fluctuante situación de la ciudad cuyas condiciones económicas todavía no dan ningún indicio de estabilidad por las conquistas que se están haciendo, por las sublevaciones que hay que reprimir, habiéndose convertido en centro de gravedad de un Estadoo inmenso, compuesto de gentes diferentes y aún no pacificado y consolidado con la fuerza y con las leyes

El año 600 se sublevaron los españoles pero pronto fueron vencidos.

La tercera guerra púnica o la gran lucha entre la prepotencia y la desesperación, declarada el año 604 por el Senado romano, fué obra de su perfidia a la que sirvió de instrumento el valiente y al mismo tiempo infiel numida Masinisa.

Esta tercera y última guerra púnica empezada el año 605 prosiguió en 606, 607 y 608 año en que cayó heroicamente Carthago en poder de los romanos después de una defensa de las más memorables de la historia; Roma ordenaba entonces con un decreto la completa destrucción de su rival: *delenda Carthago!* Destruída Carthago, trucidados, vendidos, dispersados y en gran parte muertos bajo las ruinas de la patria sus 700.000 habitantes, quedó satisfecho el deseo de sus enemigos y el territorio cartaginense fué reducido a provincia romana con el nombre de Africa, y provincia romana fué también declarada la Macedonia el año 606.

En 609 volvió a sublevarse España; en 606 hacen otro tanto los Céltiberos y en el mismo año es vencida Corinto en Grecia, y Polibio, historiador corintio, con razón dice que la suerte de los cartaginenses fué menos desventurada que la de los griegos. Aquellos, cayendo, supieron consignar su nombre a la veneración de la historia, éstos confirmaron el descrédito en que habían caído, mostrando la disolución civil y moral del pueblo. Con la batalla de Leucopetra ganada por los romanos, Grecia con el nombre de Acaja, se agrega al número de las provincias sometidas al dominio de Roma.

Después del censo del 584 se entra en un período de constante crecimiento, dice Mommsen: en las listas del año 599 sólo se encuentran 324.000 ciudadanos válidos y una población presuntiva de 437.000 habitantes. El censo efectuado el año 611 dió la cifra de 328.342 ciudadanos y con el aumento del 40 %, ya no del 35 %, se obtiene una población presuntiva de 459.000 habitantes, o sea 22 600 más sobre el censo del año 599, aumento verificado durante 12 años; se añadió aquí el 40 % y no el 35 % por razón de extensión que bajo todo aspecto asumía proporciones enormes en Roma, entonces emporio mundial de todos los negocios y a donde todos concurrían. Cinco años después se efectuó otro censo, en 617, y esto dió por resultado 323 000 ciudadanos, a los que agregando el 40 % se tiene una población de 452.000 habitantes, disminuída de 7 600 sobre el censo del año 611 por causa de la inestabilidad de las condiciones económicas de Roma, de la guerra no del todo

cesada en Oriente y de la otra que desde el año 615 se libraba en la España sublevada.

Una gran sublevación de esclavos en 619 en Sicilia viene a turbar la paz en Italia; en número de 200.000 toman las armas para reivindicar su libertad y borrar la más solemne injusticia social de la antigüedad; pero sus esfuerzos son inutilizados por las numerosas legiones que se envían para sofocar en estragos y sangre aquel grito natural de venganza.

Cesa en el 621 la insurrección española que había durado algunos años, y en el 622 se verifica el censo efectuado por los censores plebeyos Lucio Pompeyo y Lucio Metelo que anotaron 313 823 ciudadanos, sin contar los pupilos y las viudas; aumentando a este número el 40 %, se tiene una población de 439 000 habitantes lo que da todavía una disminución de 13 000 sobre la del 617, y siempre por razón de la guerra.

Vencido e incorporado el reino de Pérgamo el año 624 formó otra provincia con el nombre de Asia y fué la novena que dominaba Roma fuera de Italia. Grandemente perturbado estaba el estado económico y civil en aquel tiempo; enorme era la concentración de las propiedades y la importancia de los cereales, se descuidó o abandonó el cultivo de los campos, olvidando las leyes Licinias, y destinándolos al pastoreo disminuyeron el trabajo y los gastos. Los esclavos trabajaban las tierras en lugar de los libres, y éstos, por consiguiente, se volcaron en la metrópoli, se impuso entonces la distribución gratuita o a precios viles, del trigo y mucha gente fué alejada del trabajo útil y honrado, convirtiéndose en ociosa y peligrosa para la tranquilidad de la ciudad.

Aumentó la esclavitud a tal punto que en Roma había tres esclavos por cada ciudadano, mientras que en los primeros tiempos había un sólo esclavo por cada hombre libre, calculándose que la población estaba formada por $\frac{5}{8}$ partes de libre y $\frac{3}{8}$ de esclavos.

Entretanto desde mucho tiempo atrás existían divisiones políticas en la ciudad; Tiberio Graco, se constituyó campeón del partido popular y buscó la forma de que los labradores libres no pasaran la vida en el ocio y la miseria, y de que los esclavos cultivaran los campos en lugar de ellos. Su ley agraria aumentó los tu-

multos, el desorden y el disentimiento entre las dos clases sociales y concluyó cayendo víctima de su doctrina como más tarde Escipión Emiliano, que fuera el campeón de la oligarquía.

El año 628 se procedió al censo dando la cifra de 390.736 ciudadanos a los que añadiendo el 40 % se obtiene una población presuntiva de 546.000 habitantes.

Los últimos hechos mencionados explican bien claramente el aumento de 107.000 habitantes en poco menos de seis años, aumento sin embargo poco beneficioso para Roma.

Se extiende la lucha de los partidos, la que se hace más persistente y acalorada en los años sucesivos; el cónsul Fulvio Flaco, con la ley de la extensión de la ciudadanía romana a los itálicos aliados por él propuesta y rechazada por el Senado, cayó en el descontento.

Surgió Cayo Graco, gran reformador del orden constitutivo de la república, pero él también sufrió la suerte de su hermano Tiberio.

Transcurridos diez años con poca guerra externa pero muchísima interna, se procedió al censo que dió la cifra de 394.366 ciudadanos que con el 40 % de aumento nos da la población de 552.000 habitantes, con un aumento en diez años de sólo 6.000 habitantes.

Esto nos demuestra el estado de orgasmo de la sociedad romana y el aproximarse de una crisis terrible que todo parece favorecer

Los elementos para una guerra civil ya existían, los peligros extremos sin embargo retardaron su explosión por algunos años distrayendo la guerra itálica el ánimo turbulento de los romanos de las contiendas internas.

Esta lucha, empezada en 633, duró hasta el 666 e inundó el país de sangre y de runas, pereciendo 600 000 itálicos, según Vellejo, la mejor parte de la nación. En 664 principia la guerra Numídica y aparece Mario que divide la gloria de aquella campaña entre Quinto Cecilio Metelo y Sylla. Encendíanse así en los dos cónsules Mario y Sylla aquellos feroces celos y aquel odio que fomentados por muchas otras razones, debían difundirse entre el pueblo entero y preparar a la república una serie infinita de daños.

Sucede la guerra bárbara y Mario vence a los Teutones y a los Cim-bros. Gérmenes de nuevas complicaciones había dejado la guerra itálica, y bien pronto tuvo lugar la revolución Sulpicia combatiéndose dentro de la misma Roma. El año 667 empezó la guerra Mitridática que duró varios años. Este mismo año se efectuó el nuevo censo que arrojó la cifra de 385.763 ciudadanos y sin agregar nada, algunos autores nos han transmitido la cifra efectiva de toda la población en 540.000 habitantes, comprendidos 80 000 esclavos. Después de 29 años del censo anterior resulta una disminución de 12.000 habitantes debida a las expediciones asiáticas, y en gran parte a las luchas fratricidas en Roma.

En 670 fué pacificado el Oriente por obra de Sylva, que en tres años venció a Mitridates y restableció el orden en aquellas provincias; Mario, mientras Sylva luchaba en Asia, llenaba Roma de estragos. Pero Sylva al volver victorioso a Italia asumió la dictadura y vengó los asesinatos ordenados por Mario con otros tanto más crueles y más numerosos.

Pompeyo, el hombre que, más por suerte que por sus propios méritos, sobresalía en aquél tiempo, substituyó a Sylva que, retirado de la vida pública, se fué a morir a Cuma, cerca de Nápoles, después de haber, con el favor de la suerte y de su propio genio, reinado omnipotente en Roma, despreciando a los Dioses y a los hombres.

En España, entre tanto, se verifica la rebelión encabezada por el célebre Sertorio y vuelve a encenderse la guerra Mitridática, y apenas dominada la rebelión en la península ibérica, otra sublevación de esclavos se manifiesta en Capua encabezada por el valeroso Espártaco. No cesaban en Roma de despedazarse recíprocamente los distintos partidos y el censo efectuado el año 683 en medio a tan grande desorden, dió la cifra de 450 000 que con el aumento del 40 % nos da una población presuntiva de 630.000 habitantes. En 16 años tenemos un aumento de población de 90 000 ciudadanos que puede considerarse grande si se tiene presente lo que pasó en Roma durante ese lapso

Una piratería preparada en vasta escala infestaba el Mediterráneo de un extremo a otro damnificando desde tiempo atrás el co-

mercio italiano; Roma no había podido destruirla, no obstante su larga guerra en contra de los piratas. Confiado a Pompeyo el mando de todas las fuerzas navales romanas, éste con mucha habilidad y en muy breve tiempo acabó con los bandoleros, así mismo se le confió la guerra Mitridática hasta entonces perdida, llevándola a un buen éxito final venciendo en Asia por todas partes.

Surgía en tanto y empezaba ya a descollar por sus talentos y por sus gestas Julio César, el genio más poderoso de la antigüedad. Pronto se hizo conocer en Roma; evitó a Sylla durante el tiempo de sus venganzas, principió su carrera militar en Asia, la prosiguió en España, procurándose gloria donde quiera. La idea de concluir con las facciones, eliminar a sus rivales, volver a la paz el vastísimo Estado romano, lo indujo a asociarse con el potente Pompeyo y el riquísimo Craso, formando así el primer triunvirato (53 a. J. C.) único medio para llegar a dominar él solo aquella vacilante república.

Elegida la Galia como palestra para demostrar su genio militar, combatió por varios años, venciendo a numerosos pueblos enemigos y conquistando aquella región, escribiendo él mismo la historia de aquella campaña, (*De bello gallico*) dejando a la posteridad un monumento imperecedero de literatura y de arte militar.

Bien pronto, sin embargo, el triunvirato se deshizo por la incompatibilidad de los elementos que lo componían y por la muerte de M. Craso, luchando en contra de los Partos. Luego hubo desavenencias y guerra entre César y Pompeyo y vencido éste en Farsalos el 9 de Agosto del año 48 a. J. C se refugió en Egipto en la corte de Tolomeo, quien, violando la hospitalidad, lo hizo asesinar a traición mientras desembarcaba en Pelusio. Con la batalla de Farsalos y la muerte de Pompeyo muere también la libertad de Roma, — César, solo y vencedor de las Galias, del Egipto, del Ponto y del África, vino a Roma para recibir el triunfo y tomar las riendas del gobierno y como primera medida fraccionó el ejército en grupos y cuadrillas y lo mandó a las colonias y a los municipios, asignando a los soldados porciones de tierra para cultivarlas. Tomó medidas para la seguridad pública, y para alejar un motivo de las malas condiciones del erario, redujo a 150.000 los 320.000 ciu-

dadanos mantenidos a espensas del Estado, distribuyendo 80.000 en las colonias por él fundadas; como censor, ordenó que en 707 se practicara el censo que fué el último de la república y en el cual se anotaron 150.000 ciudadanos, a los que añadido el 40 % se tiene una población presuntiva de 210.000 habitantes. Después de 24 años del último censo (683) se tuvo una disminución enorme de la que se acuparon todos los escritores antiguos.

Dió en el libro VI. Cap. 25 de su Historia dice que el año 708 de Roma, el número de los ciudadanos romanos había disminuído considerablemente por la gran cantidad de hombres muertos en las guerras últimas, César dándose cuenta y considerando el gran daño que recibía el Estado por esas disminuciones, atribuyó privilegios especiales a la fecundidad de los matrimonios

Cantú no lo considera como el último censo republicano y menciona otro que dió la cifra de 450 000 ciudadanos de los 17 a los 60 años, 320.000 menos de los que hubo entre 1ª y 2ª guerra púnica, y agrega que el año 708 César halló apenas la mitad de los 450.000 por lo que fué pródigo en acordar la ciudadanía y tener más hombres donde escoger militares. Las guerras hechas por César en Occidente, las de Italia en contra de Pompeyo, las de Oriente, la matanza de cerca 30 000 hombres de las legiones de Craso en contra de los Partos, las luchas civiles en Roma, el envío de soldados a las colonias y a los municipios, seguidos luego por los 80.000 ociosos o proletarios romanos, fueron, en conjunto, las causas principales de la desproporcionada disminución. El historiador italiano dice textualmente así: "pero ¡durante aquellos cinco años cuantas calamidades! La guerra interna había agotado a los italianos; 300 ciudadanos perecieron en el tumulto de Tiberio Graco, tres mil en el otro del hermano Cayo, 300.000 en la guerra Social, más desastrosa que las de Anibal y Pirro. vino después Mario, vino Espártaco, y vinieron nuevas guerras civiles; Syla hizo degollar 12 000 Prenestinos, destruyó Norba y con las confiscaciones y las proscripciones a muchos quitó la vida y a muchos otros la patria, tanto que tuvo que remediar esas fallas en la población con acordar la ciudadanía a los esclavos de los proscriptos y distribuir los bienes confiscados entre las legiones que se le habían mantenido fie-

les". "Se colocaban, es cierto, en los campos desiertos los legionarios, pero éstos, acostumbrados a veinte años de celibato obligatorio, ya viejos, estimaban mejor vender el terreno que se les había regalado y volver a Roma, en donde juegos, donativos y facciones les hacían más cómoda la vida. Roma misma en la que se transfundía la sangre chupada a Italia, no pudo conservar su inmensa población, y bajo César se numeran 450.000 ciudadanos entre los 17 y 60 años, y un millón ochocientos mil libres en Italia, mientras Polibio, entre la primera y segunda guerra púnica, había contado tres millones y medio de habitantes, sin los esclavos, y setecientos cincuenta mil aptos para las armas" (3).

Mientras César atendía a las reformas en Roma los pompeyanos, guiados por los hijos sobrevivientes de Pompeyo, reunidos en España, intentaron una revancha en contra de César, pero fueron definitivamente derrotados por éste en Munda (la actual Montiel?).

Fuerte del favor popular, César se dejó seducir por todos los honores que se le conferían, aceptando todo, no faltándole más que el título de rey.

Los partidarios de las libres instituciones suprimidas, enceguecidos por el odio y dispuestos a llegar hasta el delito, urdieron en su contra una conjuración; en los idus de Marzo (15 de Marzo) del año 710 de Roma fué apuñalado César en el propio Senado, y este fué el último y más grande delito de la república romana.

Octaviano, en aquel tiempo jovencito y estudiante en Apolonia, nombrado heredero e hijo adoptivo en el testamento de César, volvió a Roma, donde en medio de las más graves turbulencias provocadas por los partidos y los hombres ambiciosos, halló un vasto campo de acción para el ejercicio de su mente política. El fué el más hábil ejecutor de la idea de aquel que lo destinaba para sucederle en una empresa tan grande y difícil.

Vencido su rival Antonio, cerca de Módena, y cautivada la buena voluntad de los viejos soldados de César, a la denegación del Senado en acordarle el consulado, pasó el Rubicón con 8 legiones

(3) (C. Cantú. Storia Universale, 10ª ed. t. 3. Turín U. T. E. T. págs. 5-6).

y se dirigió sobre Roma, en donde declarado el presidio en su favor, lo convirtió de repente dueño de la ciudad.

Asociado con Antonio, antes su enemigo, y con Lépido formó el triunvirato que ordenó en Roma estragos y proscripciones iguales a las de Sylla, terribles pero más premeditadas. Fué después con Antonio a Oriente para combatir a Bruto y Casio que habían formado allí dos formidables ejércitos y alcanzándolos con sus legiones en Filipos los derrotaron en una memorable batalla que fué la última de la república, funesta para los asesinos de César (42 a. J. C.). Dejando fuera a Lépido, Octaviano y Antonio dividieronse el gran estado romano, pasando Antonio a gobernar las provincias de Oriente y volviendo Octaviano a Italia para combatir a Sexto Pompeyo y arreglarse con Lépido. El triunvirato con la eliminación de Lépido, se había convertido en diunvirato. Un gran descontento reinaba en Italia por la falta de trigo interceptado por Sexto Pompeyo y por la próxima distribución de tierra a 170.000 veteranos. Octaviano ahogó los tumultos mediante rápidas y acertadas disposiciones y habiendo Lucio Antonio, hermano del diunviro, sublevado en su contra, algunas ciudades, marchó en su contra; fugitivo y perdonado por Octaviano, cayeron sobre Roma nuevos estragos para castigar a los secuaces de Lucio Antonio y vengar la sublevación y 300 o 400 caballeros y senadores fueron condenados a muerte. Más tarde hizo matar a 6.000 esclavos alistados en las legiones porque reclamaban sueldos y tierras, a más de algunos otros miles vueltos a la esclavitud.

Antonio, que había sido poco afortunado en la guerra de los Partos, por su vida afeminada y por sus locuras obligó al Senado, incitado por Octaviano, a despojarlo de la potestad triunviral y a declararle la guerra. Se volvió entonces nuevamente a la lucha entre el Occidente y el Oriente y el 2 de Setiembre del año 723, en la batalla de Accio, derrotado Antonio, quedó Octaviano único Señor del mundo romano, y se preparó para fundar el imperio. Las guerras civiles, que habían destruído todo orden republicano, fueron causa de la falta de censo por más de 40 años.

Todas las historias concuerdan la fecha del censo general que se une a la más célebre, la del nacimiento de Jesucristo el año

752 de Roma; porque el primer censo imperial es el que realmente nos da la población de la ciudad entonces extensísima y comprendida en un circuito de 50 millas

César Cantú, (págs. 73-74. 3. t. St. Univers. Ed. citada), escribe: "Varias veces Augusto ordenó la numeración de los ciudadanos. De algunas tenemos memoria: y la primera efectuada inmediatamente después de la derrota de Antonio, los llevaba a cuatro millones ciento setenta y tres mil; la última, en el año en que murió, anotaba treinta mil menos.

(Continuará)